

Qué fue lo que el Buda descubrió

Por [Mágnun Astron](#)

GRAN FESTEJO

Esa noche en el palacio hubo una elegante reunión de la familia real. Primos, parientes y allegados; príncipes y reyes; abuelos y niños, celebraban el octavo cumpleaños de Sidarta, quien llegaría a gobernarlos a todos. Gran respeto y admiración le tributaban.

La cena era repartida en medio de danzas y música. Súbitamente, una pequeña niña de escasos cuatro años, la cual correteaba alegremente con otros infantes, por no caer, se asió del mantel de la mesa de honor, con tan mala suerte que derramó la cena y los vinos en el traje impecable del príncipe Sidarta.

Hubo un silencio temeroso por parte de los allegados. El rango máximo del joven príncipe exigiría un desagravio. El padre de la niña, el entonces príncipe Koli, palideció al tener que enfrentar a Sidarta, el cual, furibundo, podría causarle su caída.

Recordemos que los reyes de ese entonces eran intocables —se creían con la energía y la autoridad del Sol— y el rey de más poder podía invadir y conquistar otro imperio y convertir en esclavo al real gobernante.

Cualquier desacato, por insignificante que fuese, podía costar el destierro, y aun la misma muerte, a un súbdito. Cuando el príncipe Koli se acercó al gran Sidarta, éste sostenía la niña en sus brazos.

—No llores, —le decía— no tienes porqué hacerlo. eres la niña más linda de la Tierra. Por tus grandes y cristalinos ojos veo que viniste de un cielo de pureza.

—Eres la mujer que por primera vez he sostenido en mis brazos y, aunque eres tan pequeña, prometo quererte para siempre.



—Anda, ve con tu padre y sigue gozando de la fiesta; eres mi invitada preferida — terminó consolándola.

—No ha ocurrido nada, —le dijo al padre de la infanta quien no se había atrevido a dirigirse al gran príncipe.

—Toma la niña —le dijo al gobernador— y, en cambio, te doy las gracias por haberme permitido sostener en mis brazos a una diosa celeste. —¿Cuál es el nombre de la niña?



— “YASODARA”, es el nombre de nuestra hija, gran príncipe.

La música volvió a resonar en el salón real y la fiesta continuó hasta el amanecer.

Por el anterior hecho todos comentaban que Sidarta sería un rey diferente, de buen corazón, pero esto no fue oído con beneplácito por su padre el rey Sudodana.

Él quería que su hijo fuese orgulloso de su linaje; altivo; debía ser temido por fuertes y esclavos; tendría que ser conquistador de imperios y subyugador de reyes. Sus pies debían entrenarse para pisotear la cabeza de monarcas enemigos.

El rey se quedó pensativo y malhumorado. Comenzó a trazar en su mente una estrategia que pudiera hacer cambiar el carácter manso de su único hijo muy amado en quien fundaba todas sus esperanzas.

Sidarta, por su parte, estaba enternecido. Por vez primera había sostenido en sus brazos una criatura de porte angelical.

Sintió el amor por todos los seres en los cuales palpita un corazón, y quedaron para siempre esculpidos en su memoria los ojos profundos y puros de la criatura, la cual, en el breve lapso que la sostuvo, no se apagaron ni dejaron de mirar al príncipe.

¿QUÉ ES EL AMOR

Sidarta llamó a CHANA, el máximo guerrero de ese tiempo, sin rival en el mundo, inteligente y triunfador en cien batallas, quien había sido seleccionado entre miles por el rey para la dignificante tarea de velar constantemente por la seguridad de su hijo.

—¡Chana!, —le dijo el príncipe—: Alejémonos de aquí. Quiero preguntarle algo.

Los presentes no miraron mal la ausencia del homenajeado; creyeron que iría a mudarse de ropas. Cuando se alejaron del bullicio festivo, el joven príncipe preguntó: —Dime, Chana, ¿qué es el amor?

—No lo sé, noble príncipe, yo sólo sé del arte del ataque y la defensa y, para mí, el amor es cumplir el juramento que hice ante el rey, tu padre, de velar por tu seguridad y bienestar a costa de mi propia vida.

— ¿Qué es, entonces, la felicidad?

—No lo sé, príncipe, porque nunca la he tenido. Solamente me siento bien cuando puedo servirte, mi señor. He sentido la gloria de triunfar en la batalla bañado en la sangre de mis enemigos, pero eso no me ha dado la felicidad.

— ¿Qué es el dolor?

—No lo sé, príncipe, porque las duras batallas me hicieron insensible al llanto, al sentimiento y al dolor.

—Noble príncipe —le dijo Chana, cabizbajo—: Si estás sediento de respuestas te llevaré ante los siete sabios del reino, ellos calmarán tus dudas.

Se dirigieron al lugar donde siete sabios vivían en permanente meditación y servían de consejeros a los nobles cuando ellos pocas veces lo solicitaban. No tenían nombre dado que habían renunciado al yo personal.

Al percatarse de la presencia del príncipe, dieron sus reverencias al recién llegado. Chana les dirigió la palabra:

—Venerables sabios: El príncipe quiere preguntarles sobre asuntos profundos de la vida, que no sé responder.

El gran sabio que ocupaba el lugar predominante se adelantó y dijo:

—Sublime príncipe, me inclino ante la luz que hay dentro de ti. Luego le comentó:

—Al poco tiempo de tu nacimiento murió Asita, el sabio más grande que hemos conocido y a quien debemos nuestros conocimientos; pero él, en sus últimas palabras, nos advirtió:

El príncipe Sidarta, el pequeño que hoy os dejo, será el máximo sabio entre los sabios y el gran maestro de maestros. ¡Tú eres nuestro maestro! Entonces, ¿qué podríamos enseñarte?

El joven príncipe hizo caso omiso a esas palabras y les inquirió:

—Díganme, ¿qué es el amor?



—Aunque me abruma responderte—dijo el anciano— el amor es algo indefinible. Existe una sola clase de amor pero abundan las malas interpretaciones.

—El amor verdadero es la entrega incondicional a todos los demás seres, no a uno solo, sin deseo de recompensa alguna.

—Por eso la palabra amor sólo tiene un sentido: “Ayudar”. Debemos amar aun al malo, aunque ello no significa que apoyemos el mal, y no se debe confundir nunca el amor con el deseo de poseer la belleza; esto último causa dolor.

—Esta clase de amor nace cuando los ojos se encuentran, y se va cuando el hastío se impone.

—Todos queremos amar y ser amados pero, a veces, lo que parece ser amor, no lo es en absoluto. Por tanto, deja que el amor venga a ti... pero no te apegues; porque, cuando se van los amores, quedan los dolores.

—Oh noble príncipe —terminó diciendo el sabio— El amor es el principio de todo, la razón de todo y el fin de todo. Amor es llenar el Universo con un deseo de unión y sentir en nuestro corazón la congoja ajena.

Sidarta se dirigió al segundo sabio y le preguntó:

— ¿Qué me dices de la felicidad?

—La felicidad —respondió el sabio— es un estado de paz interior el cual no es producido por los placeres ni por la riqueza, ni por ningún otro bien corporal; en ese estado de felicidad no existe la ansiedad, el deseo, la duda; tampoco ninguna posesión.

—La felicidad no se consigue venciendo al enemigo sino venciéndonos uno mismo; y esto último se obtiene obedeciendo las leyes naturales y divinas.

—El resultado de estas observancias constituye la victoria de la lucha contra nuestras pasiones y el triunfo del espíritu sobre la ilusión.

—Algunos viajan a tierras distantes en busca de la felicidad, ignorando que la tienen más cerca que su propia piel; porque la felicidad real del hombre esta en sí mismo sin necesidad de ir a otras partes.

Pero la felicidad, como el arco iris, nunca se ve sobre la propia casa, sino más lejos donde habitan otros.

—Por ello, un humilde artesano fue feliz durante una hora porque soñó ser un gran rey; y un ataviado rey fue feliz durante una hora porque soñó ser un artesano.

—Felicidad es tener la mente en paz. La vida interior contiene en sí la felicidad y la fuerza.

—Por eso no debemos anhelar sino aquello que esta en nosotros mismos, así como al ave le bastan sus alas para remontarse sola a las más altas cumbres.

— ¿Cómo encuentro la felicidad, sublime anciano? —preguntó Sidarta al tercer sabio, a lo cual éste respondió:

—Llenando tu cerebro con correctos pensamientos, concentrándote en tu respiración, y utilizando tu mente y todos tus esfuerzos en lograr un correcto ideal.

—No busquéis la felicidad fuera de ti, porque el sol de la vida brilla desde adentro. El mundo tiene pocas cosas verdaderas que darnos; es desde nuestro interior donde brotan todas nuestras dichas... o nuestras penas.

— ¿Tú eres feliz noble anciano?

—No —le respondió —y aun Asita, nuestro máximo maestro no lo fue, porque nuestra meta es encontrar la verdad y aún persisten dudas en nuestras mentes. Nuestro saber es como una pequeña isla de luz rodeada de un vasto océano de tinieblas.

—Siendo tan difícil o casi imposible encontrar la verdad, ¿quién nos la podrá enseñar? —Preguntó el príncipe.

—Sólo tú, Sidarta. ¡Tú eres el BUDA quien enseñará la verdad al mundo! Nutrirás con alimento espiritual a los que sienten hambre en el alma, y libertarás a quienes se encuentran embrujados en el calabozo de los sentidos.

El anciano dio sus reverencias al joven y entró en silente meditación.

No se sintió digno de seguir respondiéndole al mayor sabio entre los sabios, al gran maestro de maestros, el cual apenas celebraba sus ocho años de vida, y quien no prestó mucha atención a esas últimas palabras del venerable patriarca.

Sidarta comenzó aquí a aplicar los consejos que le dieron los seres luminosos seres en su extraño sueño: “Recibe los elogios pero no te los tragues por que te envenenan.”

Dirigiéndose al cuarto sabio el cual, no obstante ser invidente, su corazón estaba rebosante de luz y podía percibir hasta en la oscuridad. El príncipe le preguntó:

— ¿Por qué los dioses, siendo buenos, nos enviaron el dolor?

—El dolor no lo envía ningún dios —contestó el sabio—; el dolor es la consecuencia de nuestros errores y es el compañero inseparable de todo exceso.

—El dolor es el gran maestro de los hombres, y aquél que sabe del dolor todo lo sabe.

—El dolor existe, existió y existirá; ninguna criatura que tenga cuerpo se librará de él... Vivir es sufrir, querer es sufrir, poseer es sufrir, —terminó diciendo el sabio.

Después de haber escuchado la opinión de los maestros sobre sus inquietudes, Sidarta se cambió de traje y regresó con Chana a la fiesta donde todas las miradas y sonrisas estaban dirigidas hacia él.

El príncipe se sentó en su puesto de honor y no quiso probar alimento. Sus ojos miraban la fiesta pero su mente veía otras cosas.

Las respuestas de los sabios, en vez de calmar su sed de conocimientos, aumentaron sus dudas. Su traje luminoso reflejaba alegría, pero su joven corazón escondía tristeza.

EL QUE MATA Y EL QUE PROTEGE

El hijo del rey continuó su vida en el palacio en un ambiente de lujo y abundancia. Sin embargo, a veces se quedaba absorto en profundos pensamientos.

En su mente había grandes abismos y en su corazón lagunas inmensas. El rey había impartido órdenes estrictas de complacerlo en todos sus caprichos y fantasías.

Magos, bufones, maromeros y danzarines constantemente preparaban para él sus mejores actos, con el fin de distraerlo y hacerle olvidar su desprecio por el mundo.

Cuentan que una vez fue invitado por otros jóvenes de la realeza a una aventura en los extensos jardines del palacio. Una bandada de aves salvajes se desplazaba a baja altura murmurando cantos de amor.

* (Relato de EDWIN ARNOLD, premio New Digate.)

DEVADATA, familiar del príncipe, enderezó su arco y soltó una ligera flecha la cual se clavó en la extensa ala de un pájaro gigante; en vano trató de seguir su vuelo y cayó al suelo cerca de Sidarta.

La sangre escarlata produjo un fuerte contraste en el plumaje blanco y puro de la hermosa ave que entraba en agonía.

El príncipe sintió un dolor inmenso. Sintió que la flecha le traspasó su propio corazón. Alzó al pájaro y suavemente lo puso contra su pecho, le extrajo la flecha, contuvo la sangre con hojas frescas, arregló sus plumas y, con tiernas caricias, tranquilizó el corazón del asustado animal

Súbitamente llegó ante él el primo, el cazador orgulloso de su hazaña, y le dijo:

— ¡Dame la presa!

— ¡No! —Replicó Sidarta, y le afirmó:

—Si el pájaro estuviese muerto sería del cazador, pero el tierno animal vive, y sólo fue profanada la divina velocidad que en sus alas vibra.

Devadata contestó: —esta cosa, viva o muerta, es de aquel que la tumbó. De nadie era entre las nubes pero caída me pertenece a mí; ¡dadme el premio!

El príncipe le respondió gravemente poniendo con suavidad el cuello del cisne



junto a su mejilla:

— ¡Digo que no! —Y pensó—: De las pocas cosas que han de ser mías esta es la primera. Ahora sé lo que se agita en mi ser.

—Yo debo enseñar la compasión al hombre disminuyendo así la ola detestable de dolor que ataca todo lo que vive.

El caso no quedó ahí. Fue sometido a la decisión de los sabios y se discutieron los hechos ante un tribunal final. Un sacerdote dio el veredicto diciendo:



— “Si algo vale la vida, al salvador de una vida más le pertenece de lo que podría pertenecerle al que la buscaba matar”. El matador arruina y desperdicia; en cambio el protector ayuda. ¡El pájaro es de Sidarta!

Todos encontraron justo el dictamen, menos uno: Devadata, quien en su interior juró vengarse.

Cuando el ave gigante se recuperó voló hacia los suyos.

El príncipe era la primera vez que se había encontrado frente a frente con el dolor que antes su mente presentía. Y comprendió para qué había llegado a este mundo.

Su tristeza fue infinita; durante tres días no recibió alimento sólido, no quiso participar de ninguna fiesta y comenzó, desde ese momento, a dar forma a sus nobles pensamientos:

—¿Cómo puedo tener placer? ¿Cómo puedo gozar mientras otros sufren ahogados en profundas penas?

—Si nos encontramos amenazados por las densas tinieblas del dolor, ¿por qué no buscamos una luz que nos proteja?

—Todos queremos la vida, a todos nos asusta la muerte; si pensamos que otras criaturas son como nosotros ¿por qué las hacemos sufrir? ¿Por qué las matamos?



En las tardes el príncipe se retiraba solitario. Con ceño pensativo se quedaba extasiado mirando la cobriza lejanía del firmamento y veía, con tristeza, cómo **las pálidas llamas del ocaso se extinguían lentamente.**



Muchas veces se quedaba despierto hasta que el alba crepuscular le recordaba que no había dormido. Y, **ni siquiera poniendo sus pupilas en el cielo, podía sosegar la inquietud que sacudía su sensible corazón.**